

Revista Cruz del Sur

2014

Año IV

Número 6

ISSN: **2250-4478**

<http://www.revistacruzdelosur.com.ar>

Ensayos
Notas y
Comentarios

La novela histórica como incipiente género literario morisco-español en el siglo XVI.

por

Eduardo Ricardo Pérez Calvo *

(UMSA-UM)

La novela histórica es, básicamente, una obra de ficción que pretende recrear episodios del pretérito, por lo común lejanos en el tiempo y acaecidos en recónditos lugares de los que participan personajes eventualmente reales y se narran sucesos ocurridos. Difiere de la historia novelada, en cuanto en ésta se relatan los hechos con técnicas provenientes de la novela, pero sin acudir a acontecimientos imaginarios. Como veremos la primera parte de la obra de Ginés Pérez de Hita, pertenece a aquella primera categoría y la segunda, a la restante.

Es frecuente y erróneo limitar la aparición de la novela histórica al movimiento romántico de fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX y no es así. Bonaventura Carles Aribau (1798-1862) humanista que cultivó la retórica y la poética; economista, también dedicado a la hidrostática, la estática y la física experimental, considerado el iniciador del renacimiento catalán, e impulsor junto al editor Manuel Rivadeneyra de la Biblioteca de Autores Españoles, recuerda en el tomo III de esta colección que “*un tal Antonio de Villegas*¹, (del que confesó que no tenía otras referencias), publicó en Medina del Campo en 1565 un libro titulado «*Inventario de obras en metro castellano*», que contiene algunas páginas en prosa sobre la historia del Abencerraje y la

* Eduardo Ricardo Pérez Calvo es actualmente Secretario del Consejo Académico de la Academia Argentina de Asuntos Internacionales, miembro del Instituto de Historia del Derecho y ex profesor de la UBA.

¹ Antonio de Villegas. Medina del Campo (1522-1559). Poco es lo que se sabe de él, que fue discípulo de Castillejo y se opuso a las tendencias italianizantes en poesía. Además de “*Miscelánea*”...

hermosa Jarifa y destaca que dentro de un plan más vasto propuso Ginés Pérez de Hita su obra «*Guerras Civiles de Granada*» a partir de 1595, como lo haría un soldado ingenioso, con las noticias que corren en el campamento.²

Carles Aribau opina que dicho autor continuaría citado como autoridad si Diego Hurtado de Mendoza y Luis de Mármol Caravajal no hubieran dejado sendas crónicas de los mismos acontecimientos. Comenta igualmente que una de las singularidades que más admira es que si se toma cualquier pasaje del libro de Pérez de Hita, nos parecerá escrito modernamente por una diestra pluma, a pesar de que después el lenguaje ha participado del progreso de los conocimientos en materia ideológica. Parece que Pérez de Hita advirtió el modo con que habrían de hablar los españoles más de dos siglos después.

El giro de la frase es el mismo que han adoptado los más aventajados hablistas desde que la prosa castellana se despojó de los falsos adornos que más lo sobrecargaban, que la embellecían. Puro, terso, elegante, fluido, sonoro, nunca cansa al lector, quien, al volver atrás para repetir un párrafo, no busca desentrañar su sentido, sino renovar el placer que ha experimentado al ver tan fielmente trazadas tan magníficas descripciones. Bajo este respecto, concluye Carles Aribau, «*Las Guerras Civiles de Granada*», son un modelo de los más perfectos en el estudio de la lengua y la formación del estilo.

Este género Literario precursor mereció el abandono posterior y no aparecerá una obra española dentro de esta temática digna de mención hasta el siglo XIX, con «*El Doncel de don Enrique, el doliente*», única novela de Mariano José de Larra, (Fígaro) (1809-1837) de caracteres muy particulares, tremendo pesimismo y “spleen”, que a mi juicio, presagian el destino suicida del autor.

² En realidad, lleva la edición de la primera parte, hecha en Zaragoza en 1595, el título: «*Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes, caballeros moros de Granada; las civiles guerras que hubo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el rey don Fernando V la ganó; agora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fue un moro, llamado Aben-Amín, natural de Granada, tratando desde su fundación*»

Notablemente influida, en cuanto a su desarrollo por sir Walter Scott, pero escrita, bajo el auspicio de romances tradicionales, que encabezan cada uno de los capítulos, ofrece una auténtica descripción del alcázar de Madrid en los tiempos de Enrique de Villena (1384-1434), y retrata en su protagonista Macías, *el enamorado*, la misma obsesión amorosa imposible, que le costó la vida a este impecable crítico satírico de la sociedad de su tiempo que fue Fígaro, tan admirado por nuestra generación de 1837 y en especial Juan Bautista Alberdi, quien modesta y respetuosamente adoptó el seudónimo de Figarillo en varias de sus producciones juveniles.

Se ha observado con razón que la “*Vida del Escudero Marcos de Obregón*”, de 1618, debida a la pluma de Vicente (Gómez Martínez) Espinel, es principalmente novelesca, aunque posee rasgos autobiográficos; sin embargo, a mi entender pertenece al género de la literatura picaresca, con alguna inspiración de Boccaccio, elementos que utilizara posteriormente el francés René Lesage en su “*Gil Blas de Santillana*”.

Mi Elección inicial.

En lo que a mí incumbe, sin discutir los méritos literarios de la obra de Ginés Pérez de Hita, de la que me ocupo más adelante, confesaré que me ha seducido el céfiro romántico, la llaneza, lozanía y candor del breve relato atribuido a Antonio de Villegas, escrito en 1551 y publicado en el «*Inventario*» en 1565, que ahora reproduzco, con algunas licencias, orientadas a modernizar ciertas locuciones hoy en desuso.

Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa por Antonio de Villegas.³

³ BAE Volumen 3. *Novelistas anteriores a Cervantes*. Rivadeneyra, 3ª Edición. Madrid, 1850, pp. 507-512. Versión digital de un ejemplar de la Universidad de Michigan: <https://archive.org/details/bibliotecadeaut03conggooq>, en Internet Archive. Agustín Durán en “*Romancero de Romances Moriscos*” incluye entre los Romances Moriscos novelescos, diez de Abindarráez el Tío y en varios de ellos se menciona a Jarifa. BAE Volumen 10. *Romancero general o colección de*

Dice el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó en Antequera, fue un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Éste, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria. Sino que nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que cuanto se pueda hacer es poco; no, como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba a morir, una vez en toda la vida, le hacía en sus escritos, inmortal, le trasladaban a las estrellas.

Hizo pues, este caballero tanto en servicio de la ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo el alcaide de ella para que, pues había sido tanto en la guerra, lo fuese en guardarla. Hízole también alcaide de Álora; de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Álora y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgos, a los gajes del rey para la defensa y la seguridad de la fuerza; y de este número nunca faltaba como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno, tenía a otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil; y así no dejaban de ofender a sus enemigos y defenderse de ellos, y en todas las escaramuzas que entraban, salían vencedores, en lo cual ganaban, honra y provecho, de que andaban siempre ricos.

Pues, una noche, acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos, estas palabras:

«Paréceme, hijos-dalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia con las propias, y se pierde miedo a las ajenas. Y de esto no hay

romances castellanos anteriores al siglo XVIII, Tomo Primero, Madrid, Rivadeneyra, 1849. pp. 37-60. Identificados con los números 72, 75 a 85, 93, 95 y 112 y referidos al Romancero General y a «*Tesoro de varias poesías*» por Fray Pedro de Padilla. Versión digital de un ejemplar de la Universidad de Toronto: <https://archive.org/details/bibliotecadeauto10madruoft>, en Internet Archive.

para qué yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestro nombre acreciente y sería yo de dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien atender a nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase los que os pareciere».

Ellos respondieron que ordenase, que todos lo seguirían. Y nombrando nueve de ellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase a buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide dijo: «ya podría ser que yendo todos por este camino nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco íd por el uno y yo con estos cuatro iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a su señal acudirán los otros en su ayuda». Yendo los cinco escuderos por un camino adelante, hablando en diversas cosas, uno de ellos dijo: «tteneos, compañeros, o yo me engaño, o viene gente». Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido; y mirando con más atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo y hermoso rostro, y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota de carmesí y un albornoz de Damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado y labrado en él una hermosa dama y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una adarga y cimitarra y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro mostrando gentil continente y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decía:

Nacido en Granada
Criado en Cártama⁴
Enamorado en Coín⁵

⁴ Ayuntamiento de Málaga.

Aunque a la música le faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos, cuatro se apartaron, y el uno le acometió; más como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dio con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera ya contra el moro eran tres cristianos y que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vio en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha prisa; más fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo y arremetió al escudero que derribara; y como un ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía y diose tan buena maña que a poco rato tenía de los tres, dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros tocó el cuerno y fue a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les durara tanto y a él le iba más que la vida en defenderse de ellos. A esta hora le dio uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que a no ser el golpe de soslayo se lo pasara todo. Él, con rabia al verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dio con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narváez barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como se traía el mejor caballo se adelantó y viendo la valentía del moro quedó espantado porque de los cinco escuderos tenía a cuatro en el suelo, y el otro casi en el mismo punto. El le dijo: «Moro vente a mí, y si tú me vences, yo te aseguro de lo demás». Y comenzaron a trabar brava escaramuza; más como el alcaide venía de fresco y le moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta prisa que no podía

⁵ Ayuntamiento de Málaga que limita con Álora.

mantenerse, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dio una lanzada a Rodrigo de Narváez, que a no tomar el golpe con su adarga le hubiera muerto. Él en recibiendo el golpe arremetió a él y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó a brazos, sacándole de la silla, dio con él en el suelo. Y yendo sobre él le dijo: «Caballero date por vencido no matarte, he. Matarme bien podrás, dijo el moro, que en tu poder me tienes; más no podrás vencerme sino quien una vez me venció».

El alcaide no se detuvo en el misterio con que se decían estas palabras y usando en aquel punto su acostumbrada virtud, le ayudó a levantar, porque la herida que le dio el escudero en el muslo y la del brazo aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado; y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho esto le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron al camino de Álora.

Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dio grande y profundo suspiro y habló algunas palabras en algarabía,⁶ que ninguno entendió. Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición; acordábase de lo que lo vio hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí aparecía. Y por informarse de ella, le dijo: «caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la de ahora tan mala. Si suspiráis por el dolor de las llagas, a lugar vais donde seréis bien curado; si os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos la siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijo-dalgo de hacer por remediarle, lo que en mí, fuere». El moro levantando el rostro, que en el suelo tenía le dijo: «¿Cómo os llamáis caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?» Él le dijo: «A mi me llaman Rodrigo de Narváez, soy alcaide de Antequera y Álora». El moro

⁶ Dialecto mixturado con el que procuraban entenderse moros y cristianos.

mostrando tornando el semblante algo alegre, le dijo «Por cierto ahora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna fue adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os ví sino ahora, gran noticia tengo de vuestra virtud y experiencia de nuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace suspirar; y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos y hablaros he dos palabras». El alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro arrancando un gran suspiro, le dijo: «Rodrigo de Narváez, el alcaide tan nombrado de Álora, está atento a lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna a derribar un corazón de un hombre cautivo: a mi llaman Abindarráez, el moro, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído mucho decir; y aunque bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía quiero contar esto:

«Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores y en todos los regocijos de caballerías se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición; ni se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la enemiga de su bien, que de esta excelencia cayesen de la maneras que oirás. El rey de Granada hizo a dos de estos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fue descubierta; y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo a todos una noche degollar; porque a dilatar la injusticia no fuera

poderoso de hacerla. Se ofrecieron al rey grandes rescates por sus vidas, más él aún escuchando no quiso. Cuando la gente vio sin esperanza de sus vidas comenzó de nuevo a llorarlos. Los lloraban los padres que los engendraron y las madres que los parieron; los lloraban las damas a quien servían y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que si aprecio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas; no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. Ves aquí lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él había. ¡Considera cuanto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuan presto lo derriba!

Cuanto tarda en crecer un árbol y cuan presto va al fuego ¡Con cuanta dificultad se edifica una casa y con cuanta brevedad se quema! ¡Cuánto podrían escarmentar en las cabezas de estos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey!

Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó de este infeliz caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes de este delito, a condición que los hijos que les naciesen enviasen a criar fuera de la ciudad, para que no volviesen a ella y las hijas casasen fuera del reino».

Rodrigo de Narváez que estaba mirando con cuanta pasión contaba su desdicha le dijo: «Por cierto caballero vuestro cuento es extraño y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fue grande, porque no es de creer que siendo ellos tales, cometiesen traición.

Es como yo digo, dijo él; aguardad más, y veréis como desde allí todos los Abencerrajes aprendimos a ser desdichados. Yo salí del vientre de mi madre y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, me envió a Cártama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Este tenía una hija, casi de mi edad, a quien amaba más que a sí, porque allí allende de ser sola y hermosísima le costó la mujer, porque murió de su parto.

Ella y yo en nuestra niñez, siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado

horas que no estuviésemos juntos, juntos nos criamos, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos, nació de esta conformidad un natural amor, que fue siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que entrando una siesta en la huerta que dicen de los jazmines, hallé sentada junto a la fuente componiendo su hermosa cabeza: la miré vencido de su hermosura, y me pareció Salmacis,⁷ y dije entre mí: ¡Oh, quien fuera Trocho⁸, para parecer ante esta hermosa diosa! ¡No se cómo me pesó que fuese mi hermana! Y no aguardando más me fui a ella; y cuando me vio con los brazos abiertos me salió a recibir, y sentándome junto a sí me dijo: «hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?»

Yo respondí: «Señora mía, porque ha gran rato que os busco; porque nunca hallé quien me dijese donde estabas hasta que mi corazón me lo dijo; más decidme ahora ¿qué certeza tenéis vos de que seamos hermanos? Yo dijo ella, no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos. ¿Y si no lo fuéramos, dije yo, nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?»

Pues si ese bien me habían de quitar, dije yo, más quiero el mal que tengo» Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo: «¿Qué pierdes tú en que seamos hermanos? Pierdo a mí y a vos, dije yo.

Yo no te entiendo dijo ella, más a mí me parece que sólo serlo nos obliga a amarnos naturalmente. A mí sola nuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces». Con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que dije, la ví en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que dondequiera que volvía la cabeza, hallaba su imagen, y en mis entrañas la más verdadera. Y decíame yo a mi mismo: y pesárame que alguno me lo oyerá, si yo me anegase ahora en esta fuente, donde veo a mi señora, cuanto más disculpado moriría que Narciso Si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡que sabrosa vida sería

⁷ Ninfa de Frigia enamorada de Hermafrodito.

⁸ Personaje impreciso, acaso vocablo de algarabía deformado por el uso.

la mía! Diciendo esto me levanté, y volviendo las manos a unos jazmines de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza me volví a ella coronado y vencido»

«Ella puso sus ojos en mí (a mi parecer) más dulcemente que solía, y quitándomela la puso sobre su cabeza. Me pareció en aquel punto más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro as mí, dijo: «¿qué le parece ahora de mí, Abindarráez?»

Yo la dije; «Paréceme que acabáis de vencer al mundo y que os Coronan por reina y señora de él». Levantándose me tomó de la mano y me dijo: «Si eso fuera hermano no perdieras vos nada; y yo sin responderle la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trajimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela, que como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos.

No se lo que sintió al principio de saberlo; más yo nunca mayor contentamiento recibí; aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano comenzó a dañar y se convirtió en una enfermedad, que nos durará hasta la muerte.

Aquí no hubo primeros movimientos que excusar; porque el principio de estos amores fue un gusto y deleite fundado sobre bien, más después vino el mal, no por principios, sino de golpe y todo junto. Yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma puesta a medida de la suya. Todo lo que no veía en ella me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yola miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida y su ausencia enflaquecía mi corazón, y de todo esto creo que no me debía nada, porque me pagaba con la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oírás: »

«El rey de Granada por mejorar en cargo al alcaide de Cártama le envió a mandar que luego dejase aquella fuerza y que se fuese a Coín, (que es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dejase a mí en Cártama en poder del alcaide que a ella viniese.

Sabida esa desastrosa nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algún tiempo fuiste enamorado) lo que podríamos sentir. Nos juntamos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mí, alma mía, solo bien mío, y otros dulces nombres que el amor me enseñaba; apartándose vuestra hermosura de mí ¿tendréis alguna vez memoria de vuestro cautivo? Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. Pues quien os contase las lágrimas que ellas hacía, aunque a mi siempre me parecían pocas.

Decíame mil dulces palabras, que hasta ahora me suenan en las orejas: y al fin, porque no me sintiesen, nos despedimos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vio en tanta necesidad con señales de muerto me dijo: «Abindarráez, a mí se me sale el alma en apartándome de ti, porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra, y mi hacienda. Y en testimonio de esto en llegada a Coín, donde ahora me voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarle, o por ausencia, o indisposición suya (que ya deseo) yo te avisaré, donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentiría, que todo lo demás muchos días ha que es tuyo.

Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y le besé las manos por la merced que me prometía».

Ellos partieron al otro día. Yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé a sentir su ausencia ásperamente, buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas donde solía poner las aguas con que se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín donde reposaba la siesta.

Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza, que me dio de llamarme, me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces, de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo».

«Quiso mi ventura que esta mañana cumplió su palabra, enviándome a llamar por una criada, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada, llamado del rey para volver luego. Yo resucitado por esa buena nueva, me apercibí y dejando venir la noche, por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontraste, por mostrar a mi señora la alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos a traerme campo porque traía mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fue por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi corta suerte o la determinación del cielo quisieron atajarme tanto bien, así que considero ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí y el mal que tengo . Yo iba de Cártama a Coín, breve jornada, (aunque el deseo la alargaba mucho), el más ufano Abencerraje que nunca se vio: iba llamado de mi Señora a ver a mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora Y ahora herido, cautivo y vencido, y lo que más siento que el término y coyuntura de bien, se acaba esta noche.

Déjame, pues cristiano, consolar entre mis suspiros, y no los juzgues flaqueza; pues lo fuera mucho mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance».

Rodrigo de Narváez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilación le dijo: «Abindarráez quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruin fortuna: si tú prometes como caballero volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino, porque me pesaría de atajarte tan buena empresa».

Él moro cuando lo oyó se quiso de contento echar a sus pies y dijo: «Rodrigo de Narváez, si vos esto hacéis, habréis hecho la

mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y a mí me daréis la vida; y para lo que pedís, tomad de mi la seguridad que quisieras, que yo lo cumpliré.»

El alcaide llamó a sus escuderos, y les dijo: «señores, fiad de mi este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate» y ellos dijeron: que ordenase a su voluntad; y tomando la mano derecha, entre las suyas al moro, le dijo «¿vos me prometéis como caballero de volver a mi castillo Álora a ser mi prisionero dentro de tercero día?» Él le dijo: «sí prometo».

Pues íd con la buenaventura, y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona o de otra cosa alguna también se hará». Y diciendo que se lo agradecías, se fue camino de Coín a mucha prisa.

Rodrigo de Narváez y sus escuderos volvieron a Álora, hablando de la valentía y buena manera del moro. Y con la prisa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar a Coín.

Yéndose derecho a la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló unas puerta que en ella habías y deteniéndose allí, comenzó a reconocer el campo, por ver si había algo de que guardarse y viendo que estaba todo seguro, tocó ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma abrió y le dijo: « ¿Qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión ¿ Mi señora ha rato que os espera: apeaos subiréis donde está». El se apeó y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña con la mano, lo más paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa, (que así se llamaba la dama).

Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió a recibir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento. Y la dama dijo: « ¿En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto? Mi señora, dijo él, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido; más no siempre suceden las cosas como los hombres desean.» Ella le tomó de la mano y le metió en una

cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo: «he querido, Abindarráez, que veáis en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque desde el día que os la dí por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto según entiendo, será muy contra su voluntad; porque como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico; más yo, vuestra persona y mi contentamientos tengo por la mayor riqueza del mundo; y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando cierto empacho por haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos, y besándole muchas veces las manos por la merced que le hacía, le dijo: «señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal que os recibo como mi señora y esposa;» y llamando a la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escritura.

Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse de él dio un gran suspiro. La dama no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió a sí y le dijo: «¿qué es esto Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo suspirar y revolviendo el cuerpo a todas partes, pues si yo soy todo tu bien y contentamiento como me decías, ¿por quién suspiras? Y si no lo soy ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves a otra dama, dime quién es, para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de yo no soy ofendida, dímelo que yo moriré o te librare de él».

El Abencerraje, corrido de lo que había hecho, y pareciéndole no declararse, era ocasión de gran sospecha, con un apasionado

suspiro dijo: «señora mía si yo no os quisiera más que a mí no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traía, sufríales con buen ánimo cuando iba por mí solo; más ahora que me obliga apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle; y así entenderéis que mis suspiros se causan más de sobra de lealtad que de falta de ella; y porque no estéis más suspensa, sin saber de qué quiero deciros lo que pasa.» Luego le contó todo lo que había sucedido; y al cabo dijo; «de suerte, señora que vuestro cautivo, lo es también del alcaide de Álora: yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñásteis a mi corazón a sufrir; más vivir sin vos, tendría por la misma muerte». La dama, con buen semblante, le dijo: «no te acongojes Abindarraez, que yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo; porque a mí me cumple más; y yo digo así porque cualquier caballero, que diere la palabra de volver a prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisieres, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: envid de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero, y os dio una vez libertad, y le fiaste este negocio, que le obliga ahora a usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniendo os en su poder, ha de hacer lo mismo».

El Abencerraje le respondió: «bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis, no os deja que me aconsejéis bien: por cierto no caeré yo en tan gran yerro; porque si cuando venía a verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado a cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro, se me ha doblado la obligación. Yo volveré a Álora, y me pondré en las manos del alcaide de ella, tras hacer lo que debo, haga él lo que quisiere.

Pues nunca Dios quiera dijo Jarifa, que yendo vos a ser preso quede yo libre; pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado a mi padre de haberle ofendido, me consentiría hacer otra cosa.» El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo: «siempre vais, señoras mía, acrecentándome las mercedes, hágase lo que vos quisieres, que así lo quiero yo».

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, al otro día de mañana, partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba y él le dijo: «Voy a Álora a negocios que tengo con el alcaide de ella, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás ví». Jarifa se holgó mucho de oír esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban de ella.

Y volviendo al caminante, le dijo: «decid, hermano, ¿sabéis vos de ese caballero alguna cosa que haya hecho notable?»

Muchas se, dijo él, más contaros he una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero fue primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor de este caballero, amaba a su marido tanto, que hacía poco caso de él. Aconteció así, que un día de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron a una huerta que tenían dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole a unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse a acoger a una zarza; y el gavilán como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató a muchos de ellos. El caballero le cebó y volvió a la dama y le dijo: «¿qué os parece señora, de la astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? Pues os hago saber, que cuando el alcaide de Álora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata». Ella, fingiendo no conocerle, le preguntó quién era. Es el más valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy ví; y comenzó a hablar muy altamente, tanto que a la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo: «¡pues cómo, los hombres están enamorados de este caballero, y que yo no lo esté de él, y estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho». Otro día delante se ofreció que el marido se fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, le envió a llamar con una criada suya. Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer aunque no dio crédito a ello,

acordándose de la aspereza con que siempre le había tratado: más con todo eso, a la hora concertada, muy a recaudo, fue a ver a la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que había hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir a aquel de quien tanto tiempo había sido requerida. Pensaba también en la forma en que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla más, y pasando todos ellos le recibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y al fin de ellas, le dijo: «señor Rodrigo de Narváez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede codas que no lo sea; y esto no lo agradezcáis a mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas o verdaderas, os aprovecharán poco conmigo; más agradecedlo a mi marido, que tales cosas dijo de vos, que me han puesto en el estado que ahora estoy». Tras esto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo: «Y cierto señor, vos debéis a mi marido más que él a vos». Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narváez, que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía a quien de él decía tantos bienes; y apartándose fuera, dijo: «por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí en adelante; más nunca Dios quiera que a hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; desde hoy más he de procurar la honra de vuestro marido, como la mía propias, pues en ninguna cosa puedo pagar mejor el bien, que de mi dijo» y sin aguardar más se volvió por donde había venido. La dama debió quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, a mi parecer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad».

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; alabándole mucho, él dijo: que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió: «por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso, más él debía estar más con él, la honra del marido, que la hermosura de la mujer» y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.

Luego llegaron a la fortaleza y llamando a la puerta, fue abierta por los guardas, que ya tenían noticias de lo pasado; y yendo un hombre corriendo para llamar al alcaide, le dijo: «señor, en el castillo está el moro que venciste y trae consigo una gentil dama.

«Al alcaide le dio en el corazón lo que podía ser y bajó abajo. El Abencerraje tomando a su esposa de la mano, se fue a él y le dijo: «Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos; ves aquí mi señora; juzga si he padecido con justa causa; recíbenos por tuyos, que yo fío mi señora y mi honra de ti». Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos y dijo a la dama: «yo no se cuál de vosotros debe más al otro, más yo debo mucho a los dos. Entrad y reposaréis en esta vuestra casa y tenedla de aquí en adelante por tal, pues lo es su dueño.» Y con esto se fueron a un aposento que les estaba aparejado, y de ahí a poco comieron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje: «señor ¿qué tal venís de las heridas?

«Paréceme señor, que con el camino las traigo enconadas y con algún dolor.» La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo: «¿qué es esto, señor? ¿heridas tenéis vos de que yo no sepa? Señora, quien escapó de las vuestras en poco tendrá otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saque dos pequeñas heridas y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño. Bien será, dino el alcaide, que os acostéis y vendrá un cirujano que hay en el castillo». Luego la hermosa Jarifa lo comenzó a desnudar con gran alteración, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada y con unguento que le puso, le quitó el dolor; y de ahí a tres días, estuvo sano.

Un día acaeció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras: «Rodrigo de Narváez, según eres discreto, en la manera de vuestra venida entenderás lo demás: yo tengo esperanza que este negocio que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa; no quiso quedar en Coín, de miedo de haber ofendido a su padre; todavía teme de este caso; bien se que por tu virtud, te ama el rey, aunque eres cristiano; te suplico que alcances de él, que

nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.» El alcaide les dijo: «Consolaos que yo os prometo hacer en ello lo que pudiere, y tomando tinta y papel escribió carta al rey, que decía así:

Carta de Rodrigo de Narváez. Alcaide de Álora, para El Rey de Granada.

«Muy alto y muy poderoso rey de Granada: Rodrigo de Narváez, alcaide de Álora, tu servidor beso tus reales manos y digo así: que el Abencerraje Abindarráez, el moro que nació en Granada, y se crió en Cártgana en poder del alcalde de ella, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija; después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coín; los enamorados, por asegurarse se desposaron entre sí y llamado él, por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo a su fortaleza, le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero: y contándome su caso, apiadándome de él, le hice libre por dos días. Él se fue a ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amigo. Viento ella que el Abencerraje volvía mi prisión, vino con él y así están ahora los dos en mi poder. Te suplico que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo se que éste y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio de ello viven. Suplico a tu real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí: yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre de ella los perdone y reciba en su gracia; y en esto cumplirá con tu grandeza, y harás lo que de ella siempre esperé.»

Escrita la carta, despachó un escudero con ella que llegado ante el rey se la dio: el cual sabiendo cuya era, se holgó mucho, que a este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coín, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo: «lee esta carta, que es del alcaide de Álora, y leyéndola recibió gran alteración. El rey dijo: «no te acongojes, aunque tengas por qué; sábeta que ninguna cosa que me

pidiera el alcaide Álora que yo no lo haga; y así te mando que te vayas ahora que vayas luego a Álora y te veas con él y perdones tus hijos y los llesves a tu casa, que en pago de este servicio, a ellos y a ti haré siempre merced.» El moro lo sintió en el alma; más viendo que no podía pasar el mandato del rey, volvió de buen continente, y dijo que así lo haría como su Alteza lo mandaba; y luego partió a Álora, de donde ya sabían del escudero todo lo que había pasado, y fue de todos recibido con mucho regocijo y alegrías.

El Abencerraje y su hija aparecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. Él los recibió muy bien y les dijo: «no se trata aquí de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar.» El alcaide todos esos días hacía muchas fiesta; y una noche acabando de cenar en un jardín les dijo: «yo tengo en tanto haber sido parte para este negocio y haya venido a tan buen estado, que ninguna cosa pudiera hacer más contento; y así digo, que sólo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prisión. De hoy y más, vos, señor Abidarráez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisieres». Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía, y al otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coín gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo: «hijos, ahora que con mi voluntad sus señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que a Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo; y que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate, antes lo merece muy mayor; yo os quiero dar seis mil doblas zahenes; enviádselas y tenedle de aquí en adelante, como amigo, aunque las leyes sean diferentes.» Abindarraez le besó las manos; tomándolas, con cuatro hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Álora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje Abindarráez al alcaide de Álora.

«Si piensa, Rodrigo de Narváez, con darme libertad en tu castillo para venirme al mío me dejaste libre, engañaste, que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazón. Las buenas obras prisiones son de los nobles corazones; si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo por parecer a aquellos de donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes de coger y meter en mis venas toda de la que de ellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo: recibirán en ese breve presente la voluntad de quien lo envía, que es muy grande y de mi Jarifa otra tan limpia y leal que me contento yo de ella.»

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y recibiendo de él los caballos, lanzas y adargas, escribió a Jarifa, así:

Carta del alcaide Álora a la hermosa Jarifa.

Hermosa Jarifa: No ha querido Abindarráez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer el bien; y como a mí en esta tierra, nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar de ella una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas las recibo yo, para ayudarle a defender de sus enemigos; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recibirlo yo pareciera codicioso mercader.

Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hiciste en serviros de mí en mi castillo; y también, señora, yo no acostumbro robar damas, sino servir las y honrarlas».

Y con esto les volvió las doblas. Jarifa, las recibió y dijo: «quien pensare vencer a Rodrigo de Narváez en armas y cortesía, pensará mal».

De esta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.

Guerras Civiles de Granada.⁹

Escritas por Ginés Pérez de Hita, ya he recordado sus valiosos méritos filológicos, pero toca ahora revelar sus características, méritos e imperfecciones. Está dividida en dos partes. La primera, desde la fundación, teñida de ingredientes ficticios que ya nos ilustran sobre la carencia de espíritu crítico del autor, en sus citas y referencias. Comprende dieciocho capítulos, intercalando con frecuencia romances y sucesos, algunos como pretendido testigo presencial aunque con cierta inclinación a admitir, sin mayor discernimiento, algunos hechos inverosímiles. .

Recordaré a modo de ejemplo que en el capítulo primero relata, como hecho notorio y verídico, que la ínclita y famosa ciudad fue fundada por una muy hermosa doncella que era hija o sobrina del rey Hispan. Compañero de Hércules, y lo fue en una honda y graciosa vega, junto a una sierra llamada Elvira y que tomó el nombre de su fundadora, una infanta llamada Liberia, a dos leguas de donde ahora está, junto a un lugar que se llamaba Arbuter, que en arábigo decía Arbutut; pero pasados algunos años pareció a los fundadores que no estaban bien, por ciertas causas y fundaron la ciudad en la parte que ahora está, junto a Sierra Nevada, en medio de dos hermosos ríos, llamado el uno Genil y el otro Darro, los cuales son de la nieve que se derrite en la sierra.

Del Darro se coge oro muy fino, de Genil, platas; y no es fábula, que yo, el autor de esta relación, lo he visto coger. Se fundó esta insigne ciudad encima de tres cerros, como hoy se parece, en donde se fundaron tres castillos; el uno está a la vista de la hermosa vega y el río Genil, la cual vega tiene ocho leguas de largo y cuatro de ancho, y por ella atraviesan otros dos ríos, aunque no son muy grandes; el uno se dice Veiro y el otro Monachil. La vega comienza desde la falda de la Sierra Nevada, y va hasta la fuente del Pino, y pasa más adelante de un gran soto, que se llama Soto de Roma, y

⁹ BAE Volumen 3º Novelistas anteriores a Cervantes p. 686. Rivadeneyra, 3ª Edición. Madrid, 1850, pp. 513-584. Versión digital de un ejemplar de la Universidad de Michigan: <https://archive.org/details/bibliotecadeaut03conggooq>, en Internet Archive.

esta fuerza se nombra Torres Bermejas. Hízose allí una gran población llamada Antequeruela, la otra fuerza o castillo está en otro cerro junto a este un poco más alto, la cual se llamó la Alhambra, casa muy fuerte, y aquí hicieron los reyes su casa real. Otra fuerza se hizo en el cerro, no lejos de la Alhambra, y se llamó se Albaicín, donde se hizo gran población. Entre el Albaicín y el Alhambra pasa por lo hondo el río Darro, haciendo una ribera de árboles agradables.

Desde los primeros tiempos sus moradores las llamaron Granata, debido a que en una cueva junto al Darro, fue hallada una hermosa doncella que se decía Granata, y por eso se llamó así la ciudad. Y después corrompido el vocablo se llamó Granada. Otros dicen que por la muchedumbre de las casas y la espesura que había en ellas, que estaban juntas como los granos de la granada, la llamaron así. Se hizo esta ciudad famosa, rica y populosa hasta el infeliz tiempo en que el rey don Rodrigo perdió a España. Y después de perdida España hasta las Asturias y confines de Vizcaya, siendo toda ella ocupada por moros traídos por los bravos caudillos generales llamados uno Tarif y el otro Muza quedó Granada ocupada de moros y llena de gente de África

Más, hállase una cosa –detalla nuestro autor- que de todas las naciones moras que vinieron a España, los caballeros mejores y principales, y los más señalados de aquellos que siguieron al general Muza, quedaron en Granada, y la causa fue su hermosura y fertilidad, pareciéndoles bien su gran riqueza, asiento y fundación; aunque el capitán Tarif estuvo muy bien en la ciudad de Córdoba, y su hijo Balagis con Sevilla, de donde fue rey, y como dice la crónica del rey don Rodrigo. Más yo he hallado –continúa Pérez de Hita- que en la ocupación de Córdoba, de Toledo, Sevilla, Valencia, Murcia, ni otras ciudades poblasen tan nobles y principales caballeros, ni tan buenos linajes de moros como en Granada; para lo cual es menester nombrar algunos de estos linajes, y de donde fueron naturales, aunque no se digan ni declaren todos, para no ser demasiado prolijo.

Después de algunas atinadas observaciones sobre sus soberbios edificios, reyes de valor y muy curiosos, construcción de mezzitas

y ricas cercas, fuertes muros y torres, porque los cristianos no la tornasen a ganar, recuerda que el primer rey moro que Granada tuvo se llamó Mahomad Alhamar y reinó en ella veinte y nueve años y más meses; acabó en el año 1262. El segundo rey se llamó como su padre Mahomad Mir Almuzmelin. Este labró el castillo del Alhambra, muy rico y como hoy aparece; reinó treinta y seis años y murió en 1302. El tercer rey de Granada se llamó Abenhalamar: a éste le quitó el reino un hermano suyo, y lo puso en prisión, habiendo reinado siete años; acabó en 1309. El cuarto rey de Granada fue llamado Mahomar Abenazar, a este le quitó el reino un hermano suyo llamado Ismael el año 1315, reinó seis años; el quinto rey de Granada se llamó Ismael; a este le mataron sus deudos y vasallos, más fueron degollados los homicidas; reinó nueve años y acabó el año 1324. El sexto rey de Granada se llamó Mahomad: a este también lo mataron los suyos a traición, reinó diez años y acabó en 1354. El séptimo rey de Granada se llamó Iusef Abenhames, también fue muerto a traición; reinó once años y acabó en el año 1345; el octavo rey de Granada fue Mahomad Lagús, a este lo despojaron del reino y después de haber gobernado doce años, en 1357. El noveno rey de Granada se llamó Mahomad Abenhamar, séptimo de este nombre; a éste le mató el rey don Pedro de Sevilla, sin culpa, habiendo ido a pedir amistad y favor; le mató el mismo rey don Pedro, por su mano con una lanza, y mandó matar a otros que iban con este rey; habiendo reinado dos años acabó en 1359. Fue enviada su cabeza en forma de presente a la ciudad de Granada

Tornó a reinar Mahomad Lagús y reinó en las dos veces veintinueve años y acabó en 1359. El décimo rey se llamó Mahomad Ovandiz y reinó tres años pacífico y acabó en 1379. El undécimo rey de Granada fue llamado Iusef, segundo de ese nombre, el cual murió con veneno, que el rey de Fez envió puesto en una aljaba o marlota de brocado; reinó tres años y acabó en 1382. El duodécimo rey fue llamado Mahomad ASbenhamar, reinó once años y acabó en 1394. Su muerte fue una camisa que se puso emponzoñada con veneno. El undécimo tercer rey fue llamado Iusef, y tercero de ese nombre: reinó quince años; murió el año

1409. El décimo cuarto rey fue llamado Mahomad Abenázar el izquierdo. Habiendo reinado éste, cuatro años, lo desposeyeron en 1413. El décimoquinto rey fue llamado Mahomad, el pequeño, éste le cortó la cabeza a Asbenazar, el izquierdo, arriba dicho, porque le tornó a quitar el reino por orden de Mahomad Garaz, caballero Abencerraje: reinó este Mahomad, el pequeño dos años, acabó el año 1415. Tornó a reinar Asbenazar el izquierdo, el cual otra vez fue despojado del reino por Iusef Abenalmo, su sobrino: reinó este rey tres años la última vez y acabó en 1418. El décimo séptimo rey de Granada se llamó Abenozin, el cojo. En tiempo de éste sucedió aquella sangrienta batalla de losd Aporchones, reinando don Juan, el segundo. Fue despojado de su reino en 1453. El rey décimo octavo de Granada fue Ismael, quien había despojado a Abenozín. Reinó doce años y acabó en 1465. El décimo noveno se llamó Muley Hazen, otros lo llamaron Alborzen; éste fue hijo del susodicho Ismael. En su tiempo pasaron grandes cosas en Granada; tuvo un hijo llamado Boabdilín y tuvo otro hijo bastardo llamado Muza Este le hubo en una cristiana cautiva; tuvo un hermano llamado Boabdilín, así como el hijo del rey. Este infante era muy querido de los caballeros de Granada, y muchos, por estar mal con el rey su padre le alzaron por rey de Granada, por lo cual lo llamaron el rey Chiquito. Otros caballeros siguieron de parte del rey, de manera que en Granada había dos reyes, padre e hijo, y cada día había muy grandes bandos entre los dos reyes, por donde sucedían muchas muertes: unas veces, amigos, otras enemigos. De esta suerte se gobernaba el reino, y no por eso dejaba de continuar la guerra contra cristianos. El rey padre estaba siempre en la Alhambra; el rey Chico en el Albaicín, y ausente el uno, gobernaba el otro.

La ciudad encerraba inmensos goces, bajo la entonación de romances que ocultaban los tremendos odios:

“Toque la famosa trompa,
Y todo silencio rompa.
Publicando la grandeza,
De ésta nuestra fortaleza,

Que sale con tanta pompa”.

En el verano de 1491 vino el rey Fernando guarneció todas las fronteras y proveyó de bastimentos y municiones, con intento de poner cerco a Granada al verano siguiente, y con ese objeto invernó en Segovia. Pasó primero a Córdoba donde tuvo ciertas escaramuzas con los moros de Granada y quitó el cerco de Salobreña que tenían los moros en aprieto. Hecho esto fue a Sevilla a tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Volvió a Córdoba y de allí vino a la vega de Granada y destruyó todo el valle de Alhendin y mataron los cristianos muchos moros y quemaron nueve aldeas. En una escaramuza murieron muchos zegríes a manos de los cristianos abencerrajes, y un zegrí escapó huyendo a darle la mala nueva al rey moro. El rey Fernando puso su real en la misma vega, donde estaba prevenido todo lo necesario y puso toda su gente en escuadrón formado con todas sus banderas tendidas y su real estandarte, en el cual así llevaba por divisa un Cristo crucificado.

El rey Fernando asentó su real y le fortificó con muy gran discreción y conforme práctica de milicia, y en una noche se hizo allí un lugar en cuatro partes partido, quedando en cruz; el cual tenía cuatro puertas, y todas se veían estando en el medio de las cuatro calles. Se hizo esta población entre cuatro grandes de Castilla, y cada uno tomó un cuartel a su cargo. Fue cercado de un firme baluarte todo de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado, de modo que parecía una firme y blanca muralla, toda almenada y torreada; siendo una cosa muy de ver, que no parecía sino labrada de una muy curiosa cantería. Al otro día por la mañana cuando los moros vieron aquel lugar hecho y tan cerca de Granada, todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El rey don Fernando como vio acabado aquel lugar, y con tan gran perfección, le hizo ciudad, y le puso por nombre Santa Fe, y la dotó con muchas franquezas y privilegios, de los cuales hoy día goza. Y porque esta ciudad se hizo de esta suerte se compuso un romance antiguo.

Describe el escritor nacido en Mula, y residente en Murcia, las peripecias de aquellos días y los singulares triunfos cristianos con

decisiva intervención de los abencerrajes bautizados. A continuación que cierto día la reina Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada, y sus murallas y torres; y así acompañada del rey y de los grandes y gente de guerra, se fue a un lugar llamado la Zubia, que está a una legua de Granada, y que de allí se puso a mirar la hermosura y amenidad de la ciudad. Miraba las torres y las fuerzas del Alhambra; miraba los labrados y costosos olivares; miraba las Torres Bermejas, la brava y soberbia Alcazaba y Albaicin, con todas las demás torres, castillos y murallas. Se holgaba mucho de verlo todo la cristianísima reina, y deseaba verse dentro, y tenerla ya por suya. Mandó la reina que aquel día no hubiese escaramuza, más no se pudo excusar; porque sabiendo que estaba allí la reina, quisieron darle pesadumbre; y así salieron de Granada más de mil moros y trabaron escaramuza con los cristianos, la cual comenzó poco a poco, y se acabó muy de veras y a gran prisa, porque los cristianos les acometieron con tanta fortaleza, que los moros huyeron, y los cristianos siguieron el alcance hasta las puertas de Granada, y mataron más de cuatrocientos de ellos y cautivaron más de cincuenta.

En la ciudad alborotada por las conversaciones existentes se daban diferentes votos unos de otros; unos decían que no se diese la ciudad, otros que sí, porque era bien para toda la ciudad; otros decían que anduviese la guerra, y que les vendría socorro de África; otros que no vendría. En estos dares y tomares estuvieron treinta días, al cabo de los cuales fue entre todos determinado de dar la ciudad y ponerse a la misericordia de del rey don Fernando; con condición que todos los que quisiesen vivir en su ley quedasen con sus haciendas, trajes y lenguaje, así como habían quedado en todas las demás ciudades, villas y lugares que al rey cristiano habían entregado. Acordado esto de esta manera, fueron a hablar al rey don Fernando sobre ello y los que fueron a tratarlo eran Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas y Muza, por cabeza de todos; los cuales salieron de la ciudad y fueron a Santa Fe donde estaba el rey don Fernando acompañado de los grandes de Castilla; el cual, como vio venir tan grande escuadrón, mandó que el real se aperciese por si fuese menester, aunque por cartas de Muza sabía

lo que se trataba en Granada. Llegaron al real los granadinos caballeros, se apearon y entraron en Santa Fe y fueron al alojamiento real. Eran Muza, Malique Alabés, Aldoradín y Gazul, los cuales llevaban comisión de tratar este negocio. Todos los demás caballeros quedaron fuera del real, paseándose y hablando con los demás caballeros, admirados de ver tanta bravura y apercibimiento de guerra y de ver aquel fuerte real y su asiento. Finalmente, los comisarios hablaron con el rey y Aldoradín, caballero muy estimado, dijo lo siguiente:

«No las sangrientas armas ni el belicoso son de acordadas trompetas y retumbantes cajas, ni arrastradas banderas, ni la muerte de varones ínclitos, invicto y poderoso Rey Católico, ha sido parte para que nuestra ciudad de Granada viniese a entregarse, y dar y abatir sus reales pendones, sino a la fama de tu soberana virtud y misericordia que de ordinario usas con tus súbditos, lo cual es muy manifiesto a todos; y confiados en que nosotros los moradores de la ciudad de Granada no seremos menos tratados y honrados que los demás que a tu grandeza se han dado, venimos a poner en tus reales manos, para que de nosotros y de todos los de la ciudad hagas tu voluntad, como de humildes vasallos; y desde ahora prometemos de darte a Granada y todas sus fuerzas, para que de la ciudad y de ellos dispongas a tu voluntad, y el rey besa tus reales pies y manos y pide perdón por haber faltado a la palabra y juramento dado; y porque tu grandeza vea ser esto así, toma una carta suya, la cual me mandó que pusiese en tus reales manos».

Diciendo esto, hincadas ambas rodillas besó la carta y se la dio al rey don Fernando; y recibéndola con mucho contento la abrió y leída entendió ser así lo que Aldoradín había dicho y que Su Alteza fuese a Granada y tomase posesión de la ciudad y del Alhambra.

El Aldoradín pasó adelante con su plática, diciendo; «Las condiciones arriba dichas son, que los moros que quisiesen ir al África fuesen libres, y que los que se quisiesen quedar, les dejasen sus bienes, y que los que quisiesen vivir en su ley, viviesen y trajesen su hábito y hablasen su lengua».

Todo lo cual otorgó el rey Fernando muy alegremente y así los cristianos reyes de Castilla y de Aragón, don Fernando y doña

Isabel fueron con gran parte de su gente a Granada, dejando su real a muy buen recaudo; y día de los reyes, en 30 días de diciembre, les fue a los Reyes Católicos entregada la fuerza del Alhambra; a dos días del mes de enero la reina Isabel y su corte, con toda la gente de guerra, partió de Santa Fe a Granada, y en un cerro que estaba junto a ella se puso a mirar la hermosura de la ciudad, aguardando que se hiciese la entregada de ella. El rey don Fernando, también acompañado de sus grandes de Castilla, se puso por la parte de Jenil adonde salió el rey moro, y en llegando le entregó las llaves de la ciudad y de las fuerzas y se quería apearse para besarle los pies. El rey Fernando no consintió que hiciese ni lo uno ni lo otro. Finalmente el moro besó la mano y entregó las llaves, las cuales dio el rey al conde de Tendilla, por haberle hecho merced de la alcaidía, porque la tenía bien merecida; y así entraron en la ciudad y subieron al Alhambra, y encima de la torre de Comares tan famosa levantó la señal de la santa cruz, y luego el estandarte de los Católicos Reyes; y los dos reyes de armas dijeron en altas voces: viva el rey don Fernando por él y por la reina Isabel, su mujer.

La católica y serenísima reina, que vio la señal de la santa cruz, encima de la torre de Comares, y su estandarte real con ella, se hincó de rodillas y puestas las manos dio infinitas gracias a Dios por la feliz victoria que había ganado contra aquella populosa ciudad de Granada. La música de la capilla del rey cantó luego: *tedeum laudamus*. Fue tanto grande el placer de todos, que lloraban.

No estaba terminada la guerra, los moros resistían. Producida en una escaramuza la muerte del valeroso don Alonso de Aguilar que pesó mucho a los Reyes Católicos, los cuales, como viesan la brava resistencia de los moros por estar en tan ásperos lugares, no quisieron enviar entonces contra ellos más gente. Más, los moros de la serranía, viendo que no podían vivir sin tratar en Granada, los unos pasaron a África, y los otros se dieron al rey don Fernando, el cual los recibió muy bien, lleno de clemencia y gozo. Este fin tuvieron los bandos y guerras de Granada, para honra y gloria de Nuestro Señor.

De tal manera concluye la primera parte de las Guerras Civiles de Granada.

Segunda Parte.¹⁰

La segunda parte del libro de Ginés Pérez de Hita, aparecido en 1619, año de su fallecimiento, que comprende veinticinco capítulos. Está mucho más aproximada a la verdad de lo acaecido, que a los juegos de la imaginación. Inclusive puede deducirse de muchas de las opiniones vertidas la presencia de un espíritu de conciliación entre ambas civilizaciones que han incitado ciertas especulaciones respecto de la genealogía del autor.

Carles Aribau juzga que las dos partes de la publicación de Pérez de Hita deben considerarse como dos obras del todo distintas e independientes, pues tratan de personajes y sucesos separados entre sí por un espacio de más de ochenta años. En esta segunda parte los sucesos se refieren a la manera de crónica ataviada con las galas del lenguaje. Si queremos ver descriptos con propiedad y movimiento encuentros, escaramuzas, asedios de plazas y batallas entre los ejércitos, encontraremos en ésta pasajes admirables. Los romances que ornamentan la relación de las guerra civiles entre Zegríes y Abencerrajes, son lo mejor que en su género se conoce. Pérez de Hita fue testigo de las atrocidades que cometió contra los moros la desenfrenada soldadesca, especialmente el escuadrón de Lorca, a quien llama endiablado y condena enérgicamente.

Describe como, con riesgo de su vida, salvó del degüello a veinte mujeres y recogió del seno de su asesinada madre a un niño de pecho, en la horrible carnicería del pueblo de Félix.¹¹

En el primer capítulo se atiende a las causas de la rebelión mora, iniciada en 1568, y conocida como guerra de las Alpujarras.

¹⁰ BAE Volumen 3º *Novelistas anteriores a Cervantes*, Rivadeneyra, 3ª Edición. Madrid, 1850, pp. 585-682. Versión digital en Internet Archive: <https://archive.org/details/bibliotecadeaut03conggooq>, de un ejemplar de la Universidad de Michigan.

¹¹ Capítulo 8 de esta segunda parte, ídem, p. 609.

La rebelión se produjo debido a que Felipe II ordenó que los moros de Granada bautizados y cristianos, para que mejor sirviesen a Dios Nuestro Señor, mudasen de hábito y no hablasen su lengua, ni usasen de leylas y zambras, ni hiciesen en las bodas a su usanza, ni en las navidades y días de años nuevos sus comidas como según su costumbre, que las llamaban mezuamas, siéndoles además de esto vedadas otras cosas, porque no convenía que las usasen.

Hacíase esto así para que los moriscos se enterasen más en las sanas costumbres de la fe católica, y olvidaran el Alcorán y las cosas de su secta. Lo mandó, previene el autor, Su Majestad por acuerdo de su real consejo, y de otros santos varones, amigos de Dios y celosos de su honra. Y publicado esto en Granada y su reino, se impusieron severas penas a los moriscos que faltaran a su cumplimiento; estuvo bien acordado y mandado porque el corazón del rey está en la mano de Dios, y al cabo debía ser así, pues no se menea la hoja del árbol sin la voluntad divina; se hizo con santo celo y quiso Dios que fuese así, ya que aquel antiguo reino fuese de todo punto conquistado y quitados los moros de tan antigua posesión; es verdad también que de ello resultó gran pérdida y derramamiento de sangre cristiana, grande menoscabo en las rentas de Su Majestad, y ruina de muchos pueblos del reino de Granada, que han caído y se han perdido para siempre.

Transcurridos tres años de sangrienta guerra los moros granadinos deseaban verse en sus lugares quietos y en sus casas como antes solían, y arrebatados de esta dulce esperanza unos arrojaban las armas por el suelo y otros alzaban sus manos al cielo, dándoles gracias a Dios por la merced que les hacía en acarrearles la paz, ya quisieran que Habaqui hubiese partido al real de los cristianos para tratar tan saludables medios. Este bravo capitán habiendo capitulado con Juan de Austria, murió como cristiano siendo asesinado por los suyos. Los moros que quedaban todavía muchos, se pasaron a África y todos los demás que quisieron, se redujeron. Tuvo noticia el señor don Juan que estaba enterrado en Andarax don Fernando de Valor, que había sido rey y muerto como cristiano, por lo cual mandó Su Alteza que sus huesos fueran llevados a Guadix; lo mismo se hizo con el cuerpo del Habaqui

sepultándole honrosamente en su patria, y poniendo encima de su sepulcro este epitafio:

Su alma goza del cielo porque murió siendo cristiano y el de Austria con franca mano merced le hizo en el suelo.

“Mucho sintió Guadix y toda su tierra la muerte del valeroso capitán Habaqui, siendo de todos bien quisto por sus buenas prendas y costumbres. El señor don Juan, dando asiento a las paces y viendo que no quedaban más moriscos que no estuvieran reducidos se fue a Guadix y allí dio cuenta Su Majestad de lo que pasaba.”

Finalmente los moriscos fueron sacados de sus tierras; fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que ha perdido de ello Su Majestad y todos sus reinos. Este fin tuvieron las guerras granadinas al cabo de mil años que los alarbes habían entrado en España, reinando el señor don Felipe segundo de este nombre, quien Dios Nuestro Señor guarde largos años

«Sacólas en limpio y acabólas Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia, en 22 de noviembre de 1597.

Un romance, posiblemente escrito por el nombrado, que transcribo parcialmente, recuerda que confirmadas las paces, esto fue lo que siguió:

«A Guadix partió Su Alteza,
«De allí envía la embajada,
«Haciendo saber al rey
«De las paces ya asentadas.
«Su Majestad mandó luego,
«Que saliesen de Granada

«Todos los moros y moras.
«Y los de las Alpujarras,
«Y que pena de la vida
«Aquel que en contrario lo haga

«Mucho sintieron los moros
«Aquesta nueva demanda
«Que más quisieran morir,
«Que dejar la dulce patria..

«Más al fin todos la dejan.
«Y a Castilla se trasladan
«De toda la Andalucía
«Y Sevilla la nombrada,
«Fijándose en otras tierras
«Fuera de lo que es Granada».¹²

Corolario. La Guerra de las Alpujarras.

Los Reyes Católicos se habían comprometido a respetar la vida y los bienes de los habitantes de Granada; su religión y práctica del culto sus costumbres y sus leyes. Pero el verdadero deseo de los monarcas era la urgente conversión al catolicismo de los moros. La misión evangelizadora confiada inicialmente a fray Hernando de Talavera, tolerante y persuasivo no produjo un resultado que satisficiera las urgencias militares de Iñigo Mendoza y en 1499 será sustituido por el cardenal Cisneros quien promueve enérgicamente conversiones que darán cabida a un primer levantamiento morisco, en 1501, violentamente reprimido.

Una rebelión de mucho mayor magnitud se produciría en 1568, conocida con el nombre de guerra de las Alpujarras encabezada por Aben Humeya, también conocido por su nombre cristiano Fernando de Válór. Fue una guerra sin esperanzas y provocada por la intransigencia de los monarcas, dispuestos a eliminar la influencia árabe en España, política que se tradujo en una tremenda amputación cultural, entre ellas el desfallecimiento de la incipiente novela histórica española. La cultura árabe era parte integrante de la española. No representaba una curiosidad arqueológica de la que era sencilla y dable prescindir; la invocación autoral de Pérez de Hita al mítico Aben Amín y la de Cervantes a Cidi Hamete Bnengeli, resonaba en los oídos populares; no es gratuita, no constituye una caprichosa coquetería literaria; está

¹² BAE Volumen 3°. *Novelistas anteriores a Cervantes*, p. 686. Rivadeneyra, 3ª Edición. Madrid, 1850, pp. 37-45. Versión digital en Internet Archive: <https://archive.org/details/bibliotecadeaut03conggooq>, de un ejemplar de la Universidad de Michigan.

patente, vital, presente a cada paso de la sociedad española. Jorge de Montemayor se ocupa de esa faceta común el libro IV de su *Diana y Lope de Vega* recogió el tema en su comedia «*El Remedio de la Desdicha*».

Los romances moriscos y españoles fueron en conjunto una sucesión de novelas cortas expresadas en versos octosílabos. Después de la conquista de Granada se iniciará un concienzudo trabajo en procura de eliminar todo vestigio de la ocupación árabe, como si nunca hubiera existido.

En el erudito prólogo de Arturo Durán, cuyos hallazgos y prudente cordura, se complementaran más tarde con los avanzados estudios de Marcelino Menéndez y Pelayo y más recientemente Ramón Menéndez Pidal, demuestra hasta la saciedad que los españoles han heredado de los árabes el amor a las ciencias y a las artes, su ostentoso lujo, la ferviente imaginación, el lirismo, la sutileza ideal y otra multitud de cualidades, que dejaron entre ellos un sello indeleble que modificó el áspero caballerismo y la ruda mentalidad de los españoles, que a su vez incorporaron los moros; todo ello a pesar del antagonismo de siglos, y la obstinada resistencia sostenida por el fanatismo religioso. Esta simbiosis, por momentos involuntaria, contribuyó a formar entre musulmanes y cristianos una identidad de hábitos, costumbres y literatura que los árabes, derrotados y perseguidos no pudieron conservar pero ha quedado latente y viva en la sociedad española, a pesar de un ocaso transitorio durante la edad moderna. .

Por ello, recién en el siglo XVIII bajo el imperio de la escuela romántica alemana, se producirá el renacimiento del romance castellano antiguo y por esa vía una corriente poética y literaria relacionada con la enorme influencia mora escondida dentro de la cultura española.

Viene al caso analizar un artículo muy reciente de la profesora Benedetta Belloni aparecido en la Revista de Estudios Filológicos de la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán N° 26 correspondiente a enero del presente año, titulado «Apuntes Autobiográficos de Un Morisco Expulsado: Algunas Reflexiones.

sobre el Prólogo del Ms. 52 de la Colección Gayangós de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid»,

Además de significar la culminación de serias investigaciones anteriores relativas a la situación del moro en los siglos XVI y XVII, constituye una indagación profunda sobre las consecuencias sobrevivientes y las heridas injustas que provocó. Dichas confidencias, obra apologética, se propuso dejar sentado el principio de la hermandad árabe

Los apuntes autobiográficos se desarrollan en primer lugar a modo de relaciones de sucesos; el anónimo morisco se centra, sobre todo, en la descripción de algunas despiadadas prácticas que solía poner en ejecución la Inquisición contra la minoría.

Por eso la decisión de Felipe III de expeler a los musulmanes de todos los reinos de España tuvo, según el misterioso autor, el carácter de salvación. Fue Alá «... puso en el corazón del tercero Filipo y en los que eran sus consejeros, que mandasen que saliésemos de reino, con pena de vida y nos abrió los caminos por la mar y por la tierra, libre y sin daño...¹³»

Démosle millones de gracias pues nos sacó de entre ellos, librándonos de tantos peligros por mar y tierra, así de esclavitud, deshonra así como de trances fortuna y muerte.

Y así, queridos hermanos sólo recomiendo la conformidad y la amistad entre todos. Para que aunados y conformes, sirva de fuerte muro para pedir juntos al criador nos libre de quien nos quiera injustamente ofender¹⁴.

La profesora Belloni nos ilustra, a modo de conclusión, que el desconocido moro se presenta como testigo de la represión cultural y religiosa llevada a cabo por las autoridades cristiano-españolas contra la comunidad hispano-musulmana en los siglos XVI y XVII y aún desconociendo su identidad, ella vislumbra una real posibilidad de que la autoría del código que estudiara corresponda a un acreditado jurisconsulto morisco conocido entre sus conciudadanos.

¹³ p. 5 del indicado trabajo y citas que se incluyen.

¹⁴ P. 6 del referido trabajo y cita que se incluye.

Evolución del género.

La novela histórica sólo llega a configurarse definitivamente en el siglo XIX a través de las obras de Sir Walter Scott (1771-1832), sobre la Edad Media, la principal de las cuales fue *Ivanhoe*, que a mi juicio en el torneo caballeresco del que participa y triunfa, en sus lances ofrece reminiscencias del duelo singular entablado entre Abindarráez y Rodrigo de Narváez, en los caminos de Granada.

El escocés, poeta, erudito y portavoz del romanticismo alemán en Gran Bretaña, se inspiró en la obra de la escritora de cuentos de hadas e históricos medievales Benedikte Naubert (1752-1819), cuyas técnicas narrativas asimiló, para convertirse en el primer autor de auténtica difusión internacional, que conserva todavía muchos lectores contemporáneos en Europa, Australia, América del Norte y Sudamérica, principalmente la Argentina.

Revitalización de los Romances.

Los romances considerados en conjunto encarnan una sucesión de novelas más o menos completas expresadas en versos octosílabos. La necesidad de recuperar el país perdido produjo en España una poesía de caballería especial como se comprueba en los romances moriscos novelescos, que según Agustín Durán, comenzaron a ser conocidos en los siglos XV, en el XVI y parte del siglo XVII llegaron a su apogeo revestidos de la pompa oriental recibida directamente de los árabes y ocurrió que después de la caída de Granada, cuando los españoles vieron el país libre, procuraron apoderarse con frenesí de todos los recuerdos que habían dejado. De manera que al leer los cantos de aquel tiempo nadie creería que los moros no ocupasen España y no la poseyesen todavía. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresión de los sentimientos y de las ideas, las galas, los trajes y aun los nombres: todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquella parte de recuerdos que los moros nos dejaron cuando partieron a los desiertos de la Berbería; y que

amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilización y los progresos de la nueva, formaron un sistema poético popular que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII.¹⁵

La bella historia del Abencerraje tomado prisionero por Rodrigo de Narváez, atribuida a Antonio de Villegas, que he anteriormente transcripto, evidencia el contraste temperamental y psicológico entre el apasionado y expresivo oriental y el, por momentos calculador, sobrio, y en definitiva caballeresco español. Esa simbiosis de mutuo respeto entre los adversarios se perdió por la intransigencia de los Reyes Católicos, y sus sucesores; los primeros porque no respetaron los términos de la capitulación firmada en Granada e iniciaron una política, que continuaron sus descendientes en el trono de España, de anonadamiento de los fastos comunes, la cultura compartida y los hombres y mujeres del Islam, proceso que culminaría en 1609 con la orden de expulsión definitiva de Felipe III, que fue vista, según hemos comprobado, por algunos moros, como una liberación providencial.

Tal fue la suerte corrida por la incipiente novela histórica española nacida de la raigambre común aunque de inspiración morisca. Ginés Pérez de Hita en uno de los párrafos finales de su obra manifestará a modo de Réquiem: ¿Quién podría ahora explicar el profundo dolor que sintieron los granadinos al ver que se les mandaba salir de sus tierras?

*« ¡Cuántas lágrimas se derramaron en el estado granadino, al tiempo que los moriscos se despedían de sus tierras! ¡Con qué pesadumbre lloraban las mujeres mirando sus casas, abrazando sus paredes y besándolas muchas veces, al traer a la memoria sus glorias pasadas, su presente destierro, y sus trabajos por venir! »*¹⁶

Debe reconocerse a Pérez de Hita un mérito adicional como preclaro inspirador del romance nuevo y de la novela morisca.

¹⁵ BAE Volumen 10. *Romancero General, Tomo primero*. Prólogo del nombrado al Romancero General. Madrid 1849. Rivadeneyra, 3ª Edición. Madrid, 1850, p. X. Versión digital de un ejemplar de la Universidad de Toronto en Internet Archive: <https://archive.org/details/bibliotecadeauto10madruf>.

¹⁶ Citado en 10: BAE Volumen Tercero. *Guerras Civiles de Granada*. Segunda parte. Capítulo XXV. Rivadaneira, Tercera Edición, Madrid, 1850, p. 686.

Recatada digresión adicional.

Próximo a concluir el presente artículo deseo ampliar conceptos anteriores respecto al cultivo de la novela histórica en España y en ese aspecto traigo el recuerdo de Mateo Alemán, habitualmente relegado al ámbito de la literatura picaresca, quien, sin embargo, en diversas ocasiones del Quijote, mereció la atenta mirada de Cervantes.

Nacido en Sevilla en 1547, concluyó sus días en territorio de Indias, Nueva España, Ciudad de México 1614. Autor de las «*Aventuras y Vida de Guzmán de Alfarache*», Atalaya de la Vida Humana, cuya primera parte se publicó en 1599, en el capítulo VIII y último del primer tomo de dicho libro, incluye la narración de los dos enamorados Ozmín y Daraja, según se la contaron.

Anticiparé que Guzmán de Alfarache había ido preso, creyéndoselo ladrón, pero luego de reconocido quedó en libertad y uno de los clérigos que le acompañaba le promete contar una historia para entretenerse en el camino hasta Cazalla. De tal manera después de rezar brevemente ambos y leer su breviario, comenzó el buen sacerdote su relato, que me permitiré sintetizar, por obvias razones de espacio.

Durante el sitio de la ciudad de Baza, cercana a Granada, por los Reyes Católicos en una de las batallas muchos de los soldados españoles entraron y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas doncellas entre las cuales fue Daraja, única hija del alcaide de la ciudad; una de las más perfectas y de peregrina hermosura, de diecisiete años no cumplidos, quien diestramente hablaba castellano, hasta pasar por ser cristiana vieja, pues entre las más ladinas podía pasar como una de ellas. El rey la recibió y estimó mucho y se la obsequió a su mujer la reina, quien no la tuvo en menos, por ser principal descendiente de reyes e hija de un caballero tan honrado, al ver que se le entregaría la ciudad, sin más daños ni peleas y procuraron tratarla bien en rendida la ciudad.



Grabado de la página 201 de *Vida y hechos del pícaro Guzmán de Alfarache*, *atalaya de la vida humana*. Jeronimo Verdussen, Amberes, 1681.

Producida ésta, bajo ciertas condiciones, no quiso la reina deshacerse de Daraja y la llevó a la ciudad de Sevilla, con el deseo de hacerla cristiana. A esta doncella tenían sus padres desposada con un caballero moro, de nombre Ozmín, rico, discreto y sobre todo valiente y animoso, diestro en el idioma español. Tan diestro estaba en la lengua española como si se hubiera criado en Castilla. Daraja ocupaba su memoria. Desde su niñez se amaban. Este casamiento tuvo lugar pero en hora desgraciada, porque apenas acabó de concluirse cuando Baza estuvo cercada. Con esta revuelta y alborotos lo dilataron, aguardando juntarlos con más comodidad y alegría, para solemnizar con juegos y fiestas lo que aquella pedía.

Al revés de sus deseos, mostrándose a todos la fortuna contraria, estando Daraja en poder de los reyes y habiéndola dejado en Sevilla, luego que su esposo lo supo, creció de tal modo el dolor en su alma que le apareció una enfermedad tal difícil de curar, desconocida, pero la esperanza de verla, le permitió recuperarse y un día salió de la ciudad en dirección a Loja, cuando cerca de esa ciudad encontró un capitán de campaña que andaba recogiendo la gente que huía del ejército. Fingió el moro tener pasaporte como no lo hallase fingió ser hijo del caballero Rodrigo de Padilla, en cuyo poder estaba su esposa, y haber venido a traer un recado a los reyes de parte de su padre, y cosas de Daraja y por haber adolecido se volvía. Y sacando una rica sortija la puso en su mano y le iré e acompañando hasta Loja. Donde le daré buen recaudo para que con seguridad pueda pasar adelante. Así lo hizo quedando buenos amigos, y habiendo reposado se despidieron siguiendo cada uno su vía.

Con estas y otras desgracias llegaron a Sevilla, donde por la relación que traía supo la calle y la casa donde Daraja estaba. Dio algunas vueltas a diferentes horas y en diversos días, más nunca la pudo ver. En esta desesperación anduvo algún tiempo hasta que su criado le aconsejó que comprando un vestidillo vil hiciera como entrar por peón de albañilería. Así fue a la obra; pidió si había en qué trabajar para un forastero. Dijeron que sí. Era el primero que a la obra venía, siendo el postrero que la dejaba. Don Luis, el dueño notó su solicitud, le pareció servirse de él en ministerios de casa, en

especial del jardín, y Ozmín quedó como jardinero, aunque hasta ese día no había podido ver a Daraja. Y quiso su buena fortuna que amaneciese el sol, claro, sereno y favorable el cielo, y la primera tarde que ejercitó el nuevo oficio y deshecho el nublado de sus tristezas vio que su esposa venía sola paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, recogiendo algunas de ellas y aunque no reconoció el vestido si el original verdadero y vio que esa hermosura no podía dejar de ser suya. El se turbó al verla y ella no lo reconoció en principio debido a su atuendo de jardinero, aunque si el enorme parecido con su enamorado y le dan dañina tristeza que dejándose caer en el suelo, arrojada al encalado del jardín, despidió un ansioso suspiro, acompañado de infinitas lágrimas y puesta la mano en su rosada mejilla, estuvo trayendo a la memoria muchas, que si en cualquiera perseverara, pudiera ser verdugo de su vida.

La despidió como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmín le representaba. Se levantó temblando todo el cuerpo y el corazón alborotado, sufriendo al contemplar de nuevo la imagen de su adoración, que cuando más atentamente lo miraba, más vivamente lo transformaba en sí. Le parecía un sueño, viéndose despierta, temía ser fantasma: conociendo ser hombre, deseaba fuera el que amaba. Quedó perpleja y dudosa sin entender que fuese, porque la enfermedad lo tenía flaco y falto de los colores que solía; más, en lo restante de las facciones, compostura de su persona y sobresalto lo aseveraban: el oficio, vestido y lugar, la despedían y desengañaban. Le pesaba su desengaño porfiando con su deseo, sin poder abstenerse de cobrarle particular afición por la representación que hacía, con la duda y ansias de saber quién fuese, le dijo: hermano ¿de dónde sois? Ozmín alzó la cabeza viendo su regalada y dulce prenda y añudada la lengua en la garganta, sin poder formar palabra, ni siendo poderoso a responderle con ella, lo hicieron los ojos regando la tierra con abundancia de agua que salía de ellos, cual si dos represas alzarán las compuertas, con que los dos queridos amantes quedaron conocidos.

Desde entonces, superado un incidente con don Luis, que creyó en principio que hubiera habido un enojo, los enamorados pasaban algunas tardes y mañanas, gozando en algunas ocasiones de las flores y honestos gustos del árbol del amor, con los que daban alivio a sus congojas, deseando aquel tiempo venturoso que sin sombras ni embarazos pudieran gozarse. No mucho ni con seguridad tuvieron este gusto; porque de la continuación extraordinaria de verlos juntos hablándose en algarabía, y ella excusarse para ello de la compañía de su amiga doña Elvira, ya daba pesadumbre a todos los de casa, y a don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en celos: no entender que jardinero tratase cosa ilícita ni amores, más ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversación, lo cual no hacía con otro alguno tan desenvueltamente.

La murmuración, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando como manchar y oscurecer las vidas y virtudes ajenas; y así en la gente de condición vil y baja, que es donde hace las audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien alguna vianda no tiene buen gusto ni está sazónada: es el ave de más ligero vuelo, más presto se abalanza y más daño hace.

No faltó quien pasó la palabra de mano en mano, unos poniendo y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar a lo llano la ola, y a los oídos de don Luis el chisme, creyendo sacar de ello su acrecentamiento con honrosa privanza. Esto es lo que el mundo practica y trata de granjear a los mayores a costa ajena, con invenciones y mentiras, cuando en las verdades no hay paño que puedan sacar lo que desean. Oficio digno de aquellos a quien la propia virtud falta, y por sus obras ni persona merecen.

Por ello don Luis, después de prender a Ozmín, a quien conocía con el nombre de Ambrosio, que había dado al comenzar a servir, decidió hablar con Daraja y ésta le respondió que el tal Ambrosio era su esposo.

Durante este tiempo queriendo saber los reyes como estaba Daraja encargaron a don Rodrigo que lo averiguara y al conocerla se interesó por ella deseando que se hiciera cristiana para con ella casar. Y para poder tratar con ella se le ocurrió acudir a Ozmín.

Este le contestó que hablaría con ella y luego le daría su respuesta y quedó muy triste imaginando que su competidor, poderoso en su tierra y en su casa, pudiera valerse de trazas y mañas con que impedirle el intento.

Daraja vio tan triste a su esposo y por eso le dijo: “*Señor de mi libertad, dios que adoro y esposo que obedezco, ¿qué caso puede ser la fuerza, que estando viva en tu presencia, en mi ofensa os atormente?* ¿Podrá por ventura mi vida ser el precio de vuestra alegría, o cómo la tendréis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza, en que está atormentada?”

En tal circunstancia a Ozmín angustiado, le dio tal desmayo que parecía muerto. No sabía Daraja qué hacer y viendo que Rodrigo se acercaba, se fue y ellos quedaron solos. El nombrado preguntó ¿cómo habías negociado? Y su interlocutor la respondió que la había encontrado tan firme en el amor de su esposo que no sólo dejaría ser, como pretendes, cristiana sino que si lo fuera, por él, dejara de serlo. Así que no te canses, ni en ello gastes tu tiempo, que será muy en vano. Ante respuesta de tal aspereza Rodrigo decidió echarlo de casa y aconsejó a su padre que lo apartara por unos días y de tal manera entre otros caballeros que la pretendía apareció Alonso de Zúñiga, mayorazgo de aquella ciudad, que lo mandó llamar y pidió su intercesión ante Daraja. Y hacer por segunda vez alcahuete de su esposa.

Daraja esta, atormentada por la ausencia de su esposo que don Luis y don Rodrigo su hijo que por alegrarla ordenaron una fiesta de toros y juegos de cañas y por ser la ciudad acomodada para ello, brevemente tuvo efecto. Se juntaron las cuadrillas de seda y colores diferentes cada una, mostrando los cuadrilleros en ellas sus pasiones, cuál desesperado, cuál con esperanza, cuál cautivo, cuál amartelado, cuál alegre, cuál triste, cuál celoso, cuál enamorado; pero la paga de Daraja, iguala todos.

Luego que Ozmín supo la ordenada fiesta, y ser su amo en ello cuadrillero, le pareció la mejor ocasión y no perder tiempo en ver a su esposa, dando muestra de su valor señalándose aquel día; el cual como fuese llegado al tiempo que corrían los toros, entró en sus caballos, ambos bien aderezados. Llevaba un tafetán azul y

cubierto el rostro y el caballo tapado los ojos con una banda negra. Fingió ser forastero, iba su criado delante con una gruesa lanza; dio a toda la plaza vuelta, viendo muchas cosas de admiración que en ella estaban. Entre todo ello así resplandecía la hermosura de Daraja, como el día contra la noche y en su presencia todo era tinieblas. Púsose frontero de su ventana, donde luego que llegó vio alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro que a ese tiempo soltaron. Era de Tarifa, grande madrigado y como de un león de bravo.

El toro se puso en medio de la plaza y a todos asustó, y dejaron sólo a Ozmín, y el toro volvió al caballero y le fue necesario tomar con presteza su lanza, porque el toro no la tuvo en entrarle, y levantando su brazo derecho, en el que llevaba atado el lienzo de Daraja, con graciosa destreza y aire galán, le atravesó por medio del gatillo, todo el lomo, clavándole en el suelo la uña del pie izquierdo; y cual si fuera de piedra, sin más menearse lo dejó allí muerto, quedándole en la mano un trozo de lanza, que arrojó por el suelo y se salió de la plaza, dejando a todos admirados.

Ozmín se recogió fuera de la ciudad, en unas huertas de las que había salido y dejando el caballo, trocando el vestido, con la espada ceñida, volviendo a ser Ambrosio, se vino a la plaza y viéndole Daraja le hizo señas que subiese a un tablado, pero él simuló que no las entendía y en tanto que los toros se corrieron.

Al caer la tarde cuando entran los juegos de cañas se vieron primero las trompetas, menestrales y atabales con libreas de colores. A quienes seguían ocho acémilas cargadas con haces de cañas. Eran ocho cuadrilleros que jugaban. Entraron tras esto doscientos cuarenta caballos de cuarenta y ocho caballeros vistosamente vestidos y gallardos jinetes, que se ven confundidos y amedrentados por la presencia de un formidable toro, que como el anterior, esta vez de una cuchillada, es muerto por Ozmín, bajo su apariencia de Ambrosio.

Mientras tanto en Granada Alboacén, padre de Ozmín y el alcaide de Baza, han decidido quedarse y se convierten al cristianismo. Alboacén ha hecho muchas gestiones pero nada consigue saber de su hijo y a su vez los padres de Daraja suplican a

los Reyes Católicos la devolución de su hija, pedido que le es concedido indicando que se les avisará cuándo y cómo. De tal manera envían un mensaje a don Luis, en cuya casa de Sevilla, aquella se hospeda, pidiendo su inmediata devolución a Granada. Don Luis recibe el mensaje justo en el instante que Ozmín, descubierta su verdadera identidad, iba ser ajusticiado, Lo impide y junto con los jóvenes se dirige a Granada.

«Habiendo llegado a Granada, lo tuvo consigo secretamente algunos días hasta que sus altezas mandaron lo llevase a palacio, Cuando lo pusieron en su presencia, holgaron de verlo; y teniéndolo ante sí, mandaron salir a Daraja. Y viéndose los dos en lugar semejante y tan ajenos de ello, podrás por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibieron y lo que cada uno de ellos pudiera sentir»

La reina se adelantó diciéndoles como sus padres eran cristianos, cosa que Daraja sabía, y les pidió que lo fueran, que le harían mucha merced, pero que no lo hicieran por amor o temor. Sino el de Dios y salvarse. Ozmín pidió ser bautizado y también lo pidió en presencia de los reyes a su esposa Daraja, que los ojos no había quitado de su esposo, vertiendo suaves lágrimas. Así fueron bautizados llamándose él Fernando y ella Isabel, según sus altezas, que fueron los padrinos de pila, y luego a pocos días de sus bodas.

Esta breve historia que he resumido ofrece todos los condimentos que incorporará sir Walter Scott en la veintena de novelas que escribió: desgracias, congojas, pormenores, tonalidades, y final feliz: pero su temática sólo quedó relegada a dramas y comedias teatrales del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, para después sumergirse en el ocaso.

Mateo Alemán merece algo más que algún recuerdo nostálgico, por su Guzmán de Alfarache, a momentos autobiográfico, por la riquísima prosa, casi lujuriosa, que utiliza en el relato de los amores de Ozmín y Dajara, después Fernando e Isabel, en honor de los Reyes Católicos, para describir la suntuosidad y el despliegue de las fiestas caballerescas sevillanas del siglo XV, porque tampoco debemos olvidar que se anticipa casi tres siglos a los cultores de la novela histórica del romanticismo, cuando utiliza en el capítulo

VIII y último del primer tomo de Guzmán de Alfarache, en el cuento del clérigo, para entretener su tiempo camino a Cazalla, la técnica narrativa de convertir en protagonistas a personajes secundarios o ficticios, dentro de un contexto mucho más importante, que es el caso de los enamorados moros Ozmín y Dajara, en el marco de la capitulación de Granada ante los Reyes Católicos.

Concluyo este breve ensayo, y mi pequeña digresión adicional invitando a mis eventuales lectores que olviden el temor a la erróneamente considerada pesadez de los autores del siglo XVI y depositen una mirada crítica sobre sus escritos, en los que seguramente, conforme pienso yo, hallarán un motivo de solaz y aprendizaje intelectual.

Buenos Aires, 11 de marzo de 2014.

